Telón de Agora

"FEDRA" -:- "¿QUIERE USTED JUGAR CON MI?" "REQUIEM POR UNA MUJER"

Dido, Pequeño Teatro de Madrid, nos ofreció a sus seguidores la tragedia *Fedra,* de Miguel de Unamuno. Tenía interés levantar este nombre en el escenario para darnos cuenta, sobre todo, de si el autor ha ganado o perdido en estos años. El público que llenaba el Palacio del Cine tributó una emocionada ovación al final a un hijo de don Miguel que presenciaba la obra. La pasión y la emoción, lógicas en estos momentos, llenaron al público de respeto y, por esta vez, nos quedamos sin el experimento, que deberá repetirse en otras circunstancias.

La obra estuvo muy bien montada y dirigida por Miguel Narros, intérprete de Hipólito. Los personajes transitoriamente inactivos formaron un coro mudo alrededor de los que actuaban. Margarita Lozano hizo, toda la noche, que nos olvidáramos de muchas cosas.

Fedra, tragedia de Unamuno que sigue al pie de la letra—salvo en la muerte de Hipólito—el "Hipólito" de Eurípides, es una obra—no es nuevo lo que digo—con múltiples ingenuidades, con un triste personaje—Marcelo—olvidado por el autor, con actores que entran y salen sin justificación y que se justifican torpemente, con esa dureza para el matiz hablante de nuestro pueblo que tenía el oído de Unamuno, a pesar de su manía etimológica y lingüística, con frases inadecuadas de pretendido humor, con burgueses remansos en el diálogo que enfrían la tragedia y la rebajan a drama. Oíamos en *Fedra* frases de Manual de Literatura, explicativas de la tragedia en general: "Es la fatalidad, lo sé", "Es el sino de cada persona", etc. Como si las lágrimas o el horror se le pudieran sacar al público con frases explicativas y no con la tragedia misma. Como si el único listo, de tan poca cosa—dicho sea con respeto a su memoria—fuera don Miguel. Los defectos apuntados están más o menos presentes también en las demás obras de Unamuno: *La umbría, El otro, El hermano Juan* y, en la mejor de todas: *Sombras de sueño.*

Con el esfuerzo que nos impuso el respeto y con el esfuerzo, sobre todo, de Margarita Lozano, que salvó brusquedades, desequilibrios y pobres frases a fuerza de verdad, *Fedra* acabó pareciéndonos el examen, bastante aceptable, de un autor novel, con posibilidades.

No quiere esto decir que montar *Fedra* de Unamuno no sea una experiencia muy interesante. Y que Dido no haya hecho bien en mostrarnos la obra.

Josefina Sánchez Pedreño lleva sobre sí una labor extraordinaria, excepcional, que deberá premiarse en su día y que todos los amantes del teatro le agradecemos hoy.

En su tercer aniversario, el Teatro "Albar" puso en la Comedia *Quiere usted jugar con mí?,* de Marcel Achard, en versión de Alfredo Matas y Narciso Munne.

Voulez-vous jouer avec moâ? se estrenó en L'Atelier de París el

año 24, y fué el primer éxito grande de Marcel Achard. La versión que "Albar" nos ha ofrecido, dirigida muy bien, como siempre, por Mario Antolín Paz, demuestra que no ha perdido la obra ninguna de sus gracias. El público la siguió con atención y deleite y tributó calurosos aplausos al final de los actos.

¿Quiere usted jugar con mí? es una farsa de amor sobre la pista de un circo ante el señor Loyal, mudo gerente o domador o Dios, freno, censura, conciencia de aquellos personajes, que al final se nos revela como un muñeco insensible de madera. El concepto de amor que se desprende de la farsa es típicamente francés, pleno de superaciones, con una aceptación copiosa de mentiras y tristezas antes de lanzarse, por necesidad y por tradición francesa, al gran sueño. Quizá por ello la obra de Marcel Achard tiene, si esto puede decirse, un delicioso regusto amargo.

La versión castellana que nos ofreció "Albar", magnífica. La dirección —nada fácil—, impecable, sobria y de buen gusto. Párrafo aparte merecen tres actores: María Fernanda d'Ocón, deliciosa muchacha y estupenda actriz; Venancio F. Muro, en el papel difícil de Rascasse, y Luis Morris, en el de Crockson. Todos actuaron bien: Maruja Caballero, Fernando Dicenta y Eduardo Moreno.

Felicitamos a todos por su tercer aniversario de éxitos y por el éxito rotundo de esta obra clásica de Marcel Achard.

Al parecer, lo que debería sorprendernos de *Réquiem por una mujer* es que una negra—considerando la raza únicamente—tenga mayor cupo de moralidad que una blanca. Los autores han cuidado el paralelismo vital—sobre todo en las desventajas—de blanca y negra; pero un ser se libera por la vejación y el dolor y otro—en el que la civilización ha puesto más confianza—se envilece para siempre.

La obra ha resultado seguramente útil para los americanos, y en Norteamérica habrá tenido un sentido y una misión. Nosotros sabemos que los negros son seres humanos como los demás y guardan virtudes, defectos, odio, amor, vulgaridad e inteligencia como todos los seres humanos. Esto no nos extraña. Y me parece que el dramatismo esencial de esta obra pudiera sacarse de la extrañeza del público ante una sirvienta negra que supera en moral a su ama. Naturalmente, Faulkner supo no dar cumplida expresión a esa moralidad de la sirvienta. Su elemental moral la conduce a una solución errónea brutalmente elemental: el crimen. En el escenario se debate una y otra vez la idea de que todos sufrimos una impregnación de culpabilidad. En este sentido añoramos una de las obras más finas de nuestro tiempo: *Llama un inspector,* de Priestley.

A nosotros, superada la cuestión racial, todo nos quedaría en una cuestión de clase: una sirvienta demuestra tener más seso que su ama. Pero, considerando el resultado final de la obra, nos fallarían las dos. Además, tendríamos que quitar los golpes del ama a la sirvienta, esclavitud, no servidumbre, que en España no concebimos ya. De todas formas, nos quedaría reducido a un dramón doméstico de esos que, a la postre, no interesan ni representan a nadie; de los que salen en los periódicos. Por otra parte, habría que inventar a la señora un pasado más verosímil, menos novelesco, sin que la robara nadie ni la apartase de una declaración comprometida llevándola a un prostíbulo de Menfis.

Camus parece haber encontrado en esta obra de Faulkner el lenguaje que la tragedia moderna necesitaba, del que resalta, sobre todo, una cualidad: la repetición. La repetición de un sonido, concepto o palabra, está, sin irse a la novela, en *El Emperador Jones* y otras tragedias de O'Neill, y—por influencia faulkneriana tal vez, no lo sé—lo tenemos en una obra más sugestiva y dramática que este *Réquiem: Esperando a Godot.*

Camus, al final, quiere hacer un hueco para las ideas en la obra con preguntas que, realmente, a todos nos preocupan, pero que resultan superpuestas y caedizas en este folletín. Claro que aquí y allá surgen frases y párrafos tensos de gran belleza y sugestión, porque el tema ha estado en muchas y muy buenas manos y era así de esperar. No niego, con lo dicho, la teatralidad de *Réquiem* en el sentido más cargado de oficio que pueda tener esta palabra, pero sí su altura intelectual, que teníamos derecho a esperar también, por esas manos en que la obra ha estado.

Entre los espectadores, en cierto sector, *Réquiem* produjo un ligero malestar, que, conociendo las últimas manifestaciones de nuestro público, hace creer en un éxito de taquilla claro y duradero. No nos parece mal. Siempre ha habido en el teatro obras folletinescas, más o menos entreveradas con lo policíaco, escritas por autores de todas clases. Y *Réquiem* es una más que nos llega de buena tinta, y que tal vez sea, además, un documento ilustrado para curiosos de algún hecho acaecido en Norteamérica, que no importa ni enseña mucho a los espectadores de otros países.

Correcta la traducción y versión de López Rubio. Luis Prendes, estupendo actor muchas veces, nos ofreció un papel extraño, y Aurora Bautista montó en demasía su personaje sobre el humo de los cigarrillos, vistió con gusto y, en suma, estuvo aceptable. Los demás, bien: Ana María Noé, Fernando Guillén, etc.

Las características de Ágora nos obligan a una selección de obras para su crítica. En cada número hablaremos de las obras estrenadas que, a nuestro juicio, hayan tenido un interés mayor. No obstante, y con el fin de que la información sea más completa, haremos siempre una escogida enumeración de autores y obras en cartel que dé a nuestros lectores una visión de conjunto del panorama teatral en Madrid.

Desde nuestro número 13-14 se han estrenado, entre otras: *El vendaval (Ornifle),* de Jean Anouilh, adaptada por José Luis Alonso, y *La herencia,* de Joaquín Calvo Sotelo. Interpretadas las dos por Rafael Rivelles en el teatro Alcázar. *La carreta,* del autor puertorriqueño René Marqués, en el María Guerrero, por Pepita Serrador. *El hombre de papel, El pastorcillo y la aldeana, El monstruo del mar, vencido, La pulsera de jade,* interpretadas por cinco primeras actrices de la Compañía del Teatro Nacional Chino, en la Zarzuela. *Los diez negritos,* de Agatha Christie, versión de José Luis Alonso, por Julita Gutiérrez Caba, en el Infanta Isabel. *Alta fidelidad,* de Edgar Neville, por Mari Carmen Díaz de Mendoza, en el María Guerrero. Y *El cielo dentro de casa,* en el Recoletos, de Alfonso Paso, por Mary Carrillo y Guillermo Marín.

M. F.